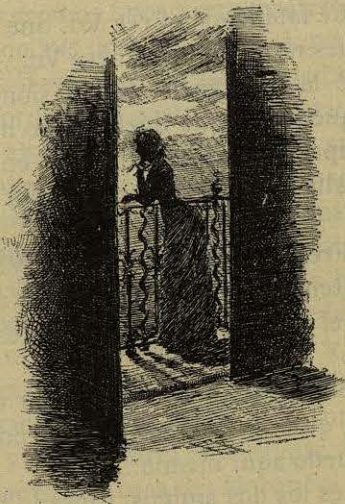


vió entre las sombras ningún cuerpo humano. Todo era sillas y butacas. Sobre ellas ningún bulto de mujer. «No podía ser.» Con aquella fe en sus corazonadas, que era toda su religión, Alvaro buscó más en lo oscuro... llegó al balcón entornado; lo abrió...

—¡ Ana!

—¡ Jesús!



XXIX

**E**L día de Navidad venga Vd. á comer el pavo con nosotros. Me lo han mandado de León lleno de nueces. Será cosa exquisita. Además, tengo vino de mi tierra, un Valdiñón que se masca...»

Mesía no faltó á su promesa, y el día de Navidad comió en el caserón de los Ozores. El salón estaba ahora empapelado de azul y oro á cuadros; la gran chimenea churrigueresca se había conservado con sus ondulantes sirenas de abultado seno de yeso. Don Víctor se contentó con pintar de un blanco gris *discreto*, como él decía, todas aquellas cornisas, volutas, acantos, escocias y hojarasca.

Á los postres, el amo de la casa se quedó pensativo. Seguía con la mirada disimuladamente las idas y venidas de Petra que servía á la mesa. Después del café

pudo notar don Alvaro que su amigo estaba impaciente. Desde aquel verano, desde que habían vivido juntos en la fonda de La Costa, don Víctor se había acostumbrado á la comensalía de don Alvaro; le encontraba á la mesa más decididor y simpático que en ninguna otra parte y le convidaba á comer á menudo. Pero otras veces, después de charlar cuanto quería, Quintanar solía levantarse, dar una vuelta por el parque, vestirse, siempre cantando, y dejar así media hora larga solos á Anita y á su amigo. Y ahora no, no se movía. Ana y Alvaro se miraban preguntándose con los ojos qué novedad sería aquella.

La Regenta se inclinó un instante para recoger una servilleta del suelo, y don Víctor hizo á Mesía una seña que quería decir claramente:

— Me estorba esa; si se fuera... hablaríamos.

Mesía encogió los hombros.

Cuando Ana levantó la cabeza sonriendo á don Alvaro, éste, sin verlo Quintanar, apuntó á la puerta sin mover más que los ojos.

Ana salió en seguida.

— ¡Gracias á Dios! — dijo su marido respirando con fuerza. — Creí que no se marchaba hoy esa muchacha.

Ni siquiera recordaba que otras veces quien se marchaba era él.

— Ahora podremos hablar.

— Vd. dirá — respondió tranquilamente Alvaro — chupando su habano y tapándose la cara con el humo, según su costumbre de *enturbiar el aire* cuando le convenía.

«¿Qué tripa se le habrá roto á éste?» pensó con un vago recelo que no se explicaba siquiera.

Don Víctor acercó su silla á la del otro, y tomó el tono de las grandes revelaciones.

— Actualmente — dijo — todo me sonrío. Soy feliz en

mi hogar, no entro ni salgo en la vida pública; ya no temo la invasión absorbente de la iglesia, cuya influencia deletérea... pero esa Petra me parece que me quiere dar un disgusto.

Movimiento de sobresalto en Mesía.

— Explíquese Vd. ¿ Ha vuelto Vd. á las andadas?

— He vuelto y no he vuelto... Quiero decir... ha habido escarceos... explicaciones... treguas... promesas de respetar... lo que esa grandísima tunanta no quiere que le respeten... en suma: ella está picada porque yo prefiero la tranquilidad de mi hogar, la pureza de mi lecho, de mi tálamo... como si dijéramos, á la satisfacción de efímeros placeres... ¿ Me entiende Vd.? Finge que se alborota por defender su honor que, en resumidas cuentas, aquí nadie se atreve á amenazar seriamente, y lo que en rigor la irrita es mi frialdad...

— ¿ Pero qué hace? vamos á ver...

— Mire Vd., Alvaro, por nada de este mundo daría yo un disgusto á mi Anita que es ahora modelo de esposas; siempre fué buena, pero antes tenía sus caprichos, ya recuerda Vd....

— Sí, sí... al grano.

— Ahora la pobrecita coincide con mis gustos en todo. Por aquí, digo, y por aquí se va. Hasta le ha pasado aquella exaltación un poco selvática, aquel amor excesivo á los placeres bucólicos, aquella exclusiva preocupación de la salud al aire libre, del ejercicio, de la higiene en suma... Todos los extremos son malos, y Benítez me tenía dicho que la verdadera curación de Ana vendría cuando se la viese menos atenta á la salud de su cuerpo, sin volver, ni por pienso, al cuidado excesivo y loco de su alma. ¡ Aquello era lo peor!

— Pero... no me dice Vd....

— Allá voy; Ana vive ahora en un equilibrio que es garantía de la salud porque tanto tiempo hemos suspirado; ya no hay nervios, quiero decir, ya no nos

da aquellos sustos; no tiene jamás veleidades de santa, ni me llena la casa de sotanas... en fin, es otra, y la paz que ahora disfruto no quiero perderla á ningún precio. Ahora bien... Petra... puede y creo que quiere comprometernos.

—Pero vamos á ver, ¿qué hace Petra?

—Comprometer la paz de esta casa; temo que quiere dominarnos prevaliéndose de mi situación falsa, falsísima... lo confieso. ¿No comprende Vd. que para Ana tendría que ser un golpe terrible cualquier revelación de esa... ramerilla hipócrita?

—¿Pero qué sucede, señor? ¡hable Vd. claro y pronto! —gritó Mesía impaciente, más interesado en el asunto de lo que su amigo podía suponer.

—Más bajo, Alvaro, más bajo. ¿Qué sucede? Mucho. Petra sabe que yo quiero evitar á toda costa un disgusto á mi mujer, porque temo que cualquiera crisis nerviosa lo echase todo á rodar y volviéramos á las andadas. Un desengaño, mi escasa fidelidad descubierta, de fijo la volvería á sus antiguas cavilaciones, á su desprecio del mundo, buscaría consuelo en la religión y ahí teníamos al señor Magistral otra vez... Antes que eso, cualquiera cosa! Es preciso evitar á toda costa que Ana sepa que yo, en momentos de ceguera intelectual y sensual fui capaz de solicitar los favores de esa *scortum*, como las llama don Saturnino.

—Pero ¿por qué ha de saber Ana eso? Si, después de todo, no hay nada que saber...

—Sí; lo que hay basta para clavarle un puñal á la pobrecita. La conozco yo... Y sobre todo, si Petra dice lo que hay, mi esposa pensará lo demás, lo que no hay.

—¿Pero Petra?... Acabe Vd. ¿Ha dicho algo? ¿Ha amenazado con decir?...

—Esa es la cuestión. Habla gordo, es insolente, trabaja poco, no admite riñas y aspira á ponerse en un pié de igualdad absurdo...

—Absurdo...

—Y la infame ¿con quién creará Vd. que está más altiva, más soberbia, más insolente? ¿Conmigo? Eso parecería lo natural. Pues no señor, con Ana! ¡Pás-mese Vd., con Ana!

Desde la nube de humo en que estaba envuelto, don Alvaro contestó:

—¡Ya se comprende... quiere hacerle á Vd. la forzosa; tal vez celos!

—Eso digo yo... «Sufre que tu mujer oiga insolencias á la que quisiste hacer tu concubina... ó se lo cuento todo.» Este es el lenguaje de la conducta de esa meretriz solapada. Ahora bien: un consejo; solución; ¿qué hago? ¿sufrir en silencio? Absurdo. Además, puede acabársele la paciencia á Anita, que si ha aguantado hasta ahora es por lo mucho que le queda de cuando fué casi santa... Pero si Ana se incomoda, si sospecha... si... ¡triste de mí!

—Calma, hombre, calma.

—¿Qué hacemos, Alvaro, qué hacemos?

—Es muy sencillo.

—¡Sencillo!

—Sí, hay que echar á Petra de esta casa. Don Víctor saltó en su silla.

—Eso es cortar el nudo...

—Pues no hay más solución. Echarla.

Don Víctor expuso las dificultades y los peligros del remedio, pero don Alvaro prometió allanarlo todo. «Él sabía cómo se trataba á esta gente. Daba la casualidad feliz de que en la fonda en que él vivía como niño mimado hacía tantos años, se necesitaba una muchacha para servir á los huéspedes. Petra era que ni pintada para el caso; á ella la halagaría la proposición; se la haría el mismo don Alvaro, y si por caso extraño resistía, él sabría amenazarla de suerte que... etc., etc. En fin, don Víctor lo dejó todo en manos

de su amigo y se fué al Casino, algo más tranquilo.

—¿ Vd. se queda á preparar el terreno, eh ?

—Sí, hombre, á arreglarlo todo.

En cuanto don Víctor cerró de un golpe la puerta de la escalera, Ana entró asustada en el comedor. Iba á hablar, pero llegó Petra á recoger el servicio del café y calló, fingiendo leer *El Lábaro*. Salió la doncella y Ana dijo :

—¿ Qué hay, Alvaro ?...

—Hay, que ya no te queda pretexto para negarme que venga de noche.

—No te entiendo...

—Petra marcha de esta casa. Adiós espías.

—¡ Petra ! ¿ que marcha Petra ?

—Sí, él me ha encargado de despedirla ; dice que es insolente, que te trata mal...

—¡ Dios mío ! ¿ ha notado él ?...

—Sí, boba, pero no te asustes... él lo toma... por donde no quema...

Mesía explicó á la Regenta el caso. La había enterado de todo y de mucho más. Las tentativas del mísero don Víctor eran para la Regenta, gracias á las calumnias de Alvaro, delitos consumados. Pero ella no atribuía á esto la insolencia de la criada ; temía que hubiese descubierto sus amores con Mesía y que aquella soberbia, aquel desafío constante de sus miradas, de sus sonrisas y de sus gestos fuese amenaza de revelar á don Víctor su secreto.

—Ya ves cómo no era lo que tú temías, aprensiva... Es muy posible, probable que la pobre chica no sospeche nada, que su atrevimiento no sea más que una amenaza al amo...

Ana se ruborizó. Todo aquello le repugnaba. « ¡ Aquel marido á quien ella había sacrificado lo mejor de la vida, no sólo era un maníaco, un hombre frío para ella, insustancial, sino que perseguía á las criadas de

noche por los pasillos, las sorprendía en su cuarto, les veía las ligas... ¡ Qué asco ! No eran celos, ¿ cómo habían de ser celos ? Era asco ; y una especie de remordimiento retrospectivo por haber sacrificado á semejante hombre la vida. Sí, la vida, que era la juventud. »

« Alvaro—seguía pensando Ana—había hecho mal en revelar aquellas miserias, en hacer traición á Quintanar, por indigno que éste fuera, y sobre todo en avergonzarla á ella con las aventuras ridículas y repugnantes del viejo. » Pero como tenía empeño en limpiar de toda culpa á su Mesía, á su señor, al hombre á quien se había entregado en cuerpo y en alma *por toda la vida*, según ella, pronto le disculpaba, reflexionando que el pobre Alvaro hacía aquello por amor, por arrojar del pensamiento de su Ana todo escrúpulo, todo miramiento que pudiera atarla al viejo que había hecho de lo mejor de su vida un desierto de tristeza. »

« Tampoco le agradaba á Anita ver á su Alvaro metido en aquellos cuidados domésticos de despedir criadas ; y menos encontrarle tan experto en el asunto ; todo aquello, de puro prosaico y bajo, era repugnante, pero ¿ qué remedio ? Alvaro lo hacía por ella, por gozar tranquilamente de aquella felicidad que tantos años de martirio le había costado... »

Estos y todos los demás lunares que en Mesía le obligaba á descubrir de poco acá el endiablado espíritu de análisis, camino de la locura según ella, procuraba Ana convertirlos en otras tantas estrellas luminosas de pura hermosura. Si alguna vez le sobrecogía la idea de perder á don Alvaro, temblaba horrorizada, como en otro tiempo cuando temía perder á Jesús.

Las primeras palabras de amor que Ana, ya vencida, se atrevió á murmurar con voz apasionada y tierna al oído de su vencedor, no el día de la rendición, muchos después, fueron para pedirle el juramento de la constancia...

«Para siempre, Alvaro, para siempre, júramelo; si no es para siempre, esto es un bochorno, es un crimen infame, villano...»

Mesía había jurado, y seguía jurando todos los días, una eternidad de amores.

La idea de la soledad *después de aquello*, le parecía á la Regenta más horrorosa que en un tiempo se le antojara la imagen del Infierno.

Con amor se podía vivir donde quiera, como quiera, sin pensar más que en el amor mismo;... pero sin él... volverían los fantasmas negros que ella á veces sentía rebullir allá en el fondo de su cabeza, como si asomaran en un horizonte muy lejano, cual primeras sombras de una noche eterna, vacía, espantosa. Ana sentía que acabarse el amor, aquella pasión absorbente, fuerte, nueva, que gozaba por la primera vez en la vida, sería para ella comenzar la locura.

«Sí, Alvaro; si tú me dejaras me volvería loca de fijo; tengo miedo á mi cerebro cuando estoy sin ti, cuando no pienso en ti. Contigo no pienso más que en quererte.»

Esto solía decir ella en brazos de su amante, gozando sin hipocresía, sin la timidez, que fué al principio real, grande, molesta para Mesía, pero que al desaparecer no dejó en su lugar fingimientos. Ana se entregaba al amor para sentir con toda la vehemencia de su temperamento, y con una especie de furor que groseramente llamaba Mesía, para sí, hambre atrasada.

Él estuvo el primer mes asustado. Si los primeros días renegaba del miedo, de la ignorancia y de los escrúpulos (*absurdos en una mujer casada de treinta años*, según la filosofía del Presidente del Casino), pronto vió tan colmada la medida de sus deseos, que llegó á inquietarle «otro aspecto» de sus amores. Nunca había sido más feliz. ¿Quería satisfacer el amor propio á quien la edad empezaba á dar algunos disgustos? Pues

Ana, la mujer más hermosa de Vetusta, le adoraba; y le adoraba por él, por su persona, por su cuerpo, por *el físico*. Muchas veces, si á él le daba por hablar largo y tendido, ella le tapaba la boca con la mano y le decía en éxtasis de amor: «No hables.» Mesía no echaba esto á mala parte; también él reconocía que lo mejor era callar, dejarse adorar por buen mozo. ¿Quería satisfacer caprichos de la carne ahita, gozar delicias delicadas de los sentidos? Pues la misma ignorancia de Ana y la fuerza de su pasión y las circunstancias de su vida anterior y las condiciones de su temperamento y la de su hermosura facilitaban estos alambicados goces del gallo, corrido y gastado, pero capaz de morir de placer sin miedo. Y á pesar de tanta felicidad, Mesía estaba intranquilo.

—Está Vd. desmejorado—le decía Somoza.

—Cuidado—repetía Visitación.

Y él mismo notaba que su rostro perdía la lozana apariencia que había recobrado en aquellos meses de buena vida, de ejercicio y abstinencia que él, prudentemente, había observado antes de dar el ataque decisivo á la fortaleza de la Regenta.

«Sí, sentía que dentro de su cuerpo había algo que hacía *crac* de cuando en cuando. Había polilla por allá dentro. Y lo que él temía no era la enfermedad por la enfermedad, la vejez por la vejez; no; era buen soldado del amor, héroe del placer, sabría morir en el campo de batalla. Su inquietud era por otro motivo. Morir, bueno; pero decaer y decaer en presencia de Ana era horroroso; era ridículo y era infame. Sí; él faltaba á su juramento envejeciendo, perdiendo fuerzas. Recordaba con escalofríos épocas pasadas en que decadencias pasajeras, producidas por excesos de placer, le habían obligado á recurrir á expedientes bochorrosos, buenos para referirlos entre carcajadas en el Casino, á última hora, á Paco, á Joaquín y demás

trasmochadores, para referirlos después de pasados, cuando el vigor volvía y ya las trazas cómicas no eran necesarias; pero expedientes odiosos como la miseria y sus engaños. Aquel fingir juventud, virilidad, constancia en el amor corporal, parecíale á don Alvaro semejante á los recursos de la pobreza ostentosa que describe Quevedo en el *Gran Tacaño*. Él también habla sido más de una vez, después de pródigo, el Gran Tacaño del amor... Pero las trazas antiguas serían imposibles ahora, si llegara el caso de necesitarlas... «No, antes huir ó pegarse un tiro. Ana, la pobre Ana, tenía derecho á una juventud eterna é inagotable.» Pero estas ideas tristes, aprensiones de la edad, venían de tarde en tarde; lo más del tiempo semejante inquietud dejaba libre al Tenorio vetustense gozando de aquellos amores que reputaba la gloria más alta de su vida. Por su parte se confesaba todo lo enamorado que él podía estarlo de quien no fuese don Alvaro Mesía. Después del Presidente del Casino ningún sér de la tierra le parecía más digno de adoración que su dócil Ana, su Ana frenética de amor, como él había esperado siempre, aun en los días de mayor apartamiento. Don Alvaro no se confesaba á sí mismo, que había habido un tiempo en que perdiera la esperanza de vencer á la Regenta. ¡ La tenía ahora tan vencida !

Mejor que nunca lo conoció cuando hubo que dar la gran batalla para trasladar al caserón de los Ozores el nido del amor adúltero. Ana se opuso, lloró, suplicó... «no, no; eso no, Alvaro, por Dios no, eso nunca.» Y resistió muchos días á las súplicas del amante que se quejaba de lo poco y de prisa y sin comodidad que gozaba de su amor. Casi siempre se veían en casa de Vegallana; allí eran sus cariños furtivos, precipitados; pero el reposado dominio de horas y horas de voluptuosa intimidad no era posible conseguirlo, si no se buscaba lugar menos expuesto á sobresaltos, inter-

mitencias y disimulos. Ana se negaba á acudir á un rincón de amores que Alvaro prometía buscar; el mismo Alvaro confesaba que era difícil encontrar semejante rincón seguro en un pueblo *tan atrasado* como Vetusta. Además, el lugar que él pudiera encontrar, al cabo tenía que parecerle repugnante á ella; y como en Ana la imaginación influía tanto, el desprecio del albergue podía llevarla á la repugnancia del adulterio... No había más remedio que tomar por asilo el caserón de los Ozores. Era lo más seguro, lo más tranquilo, lo más cómodo. Comprendía Alvaro los escrúpulos de Ana, pero se propuso vencerlos y los venció. Sin embargo, si los obstáculos del orden puramente moral, los *escrúpulos místicos*, como se decía Alvaro con frase tan impropia como horriblemente grosera, se dejaron á un lado, á fuerza de pasión, los *inconvenientes materiales*, las precauciones del miedo opusieron dificultades de más importancia. Á don Alvaro se le ocurría que sin tener de su parte á una criada, á la doncella, mejor, era todo sino imposible muy difícil; pero ni siquiera se atrevió á proponer á Anita su idea; la vió siempre desconfiada, mostrando antipatía mal oculta hacia Petra, y comprendió además que era muy nueva la Regenta en esta clase de aventuras, para llegar al cinismo de ampararse de domésticas, y menos sabiendo de ellas que eran solicitadas por su marido.

Pero otra cosa era conquistar á la criada sin que lo supiera el ama. ¿No era Petra muy tentada de la risa? La aventura de la liga y otras de que él tenía noticia ¿no probaban que era muy fácil interesar en su favor á aquella muchacha? Sí. Y dicho y hecho. En ausencia de Ana y de don Víctor, detrás de la puerta, en los pasillos, donde podía, don Alvaro comenzó el ataque de Petra que se rindió mucho más pronto de lo que él esperaba. Pero había un inconveniente muy grave. Á la chica se le ocurrió ser, ó fingirse, desinteresada, pre-

ferir los locos juegos del amor á las propinas, ofrecer sus servicios, con discretísimas medias palabras y buenas obras, á cambio de un cariño que Mesía no estaba en circunstancias de prodigar. «¡Pobre Ana, qué sabía ella de todas estas complicaciones!» No sabía tampoco don Alvaro tanto como él creía. Ignoraba por ejemplo que Petra podía permitirse el lujo de servirle bien á él sin pensar en el interés, sin más pago que el del amor con que el gallo vetustense ya no podía ser manirroto: no era Petra enemiga del vil metal, ni la ambición de mejorar de suerte y hasta de *esfera*, como ella sabía decir, era floja pasión en su alma, concupiscente de arriba abajo; pero en Mesía no buscaba ella esto; le quería por buen mozo, por burlarse á su modo del ama, á quien aborrecía «por hipócrita, por guapetona y por orgullosa;» le quería por vanidad, y en cuanto á servirle en lo que él deseaba, también á ella le convenía por satisfacer su pasión favorita, después de la lujuria acaso, por satisfacer sus venganzas. Vengábase protegiendo ahora los amores de Mesía y Ana, «del idiota de don Víctor» que se ponía á comprometer á las muchachas sin saber de la misa la media; vengábase de la misma Regenta que caía, caía, gracias á ella, en un agujero sin fondo, que estaba sin saberlo la hipócritona en poder de su criada, la cual el día que le conviniese podía descubrirlo todo. Tenía entre sus uñas á la señora; qué más quería ella? Todas las noches pasaba unas cuantas horas, la honra y tal vez la vida del amo, pendiente de un hilo que tenía ella, Petra, en la mano, y si ella quería, si á ella se le antojaba ¡zas! todo se aplastaba de repente... ardía el mundo. Y como si esto en vez de un placer, en vez de una gloria fuese para Petra una carga, un trabajo, el mejor mozo de Vetusta le pagaba el servicio con *amores de señorito* que eran los que ella había saboreado siempre con más delicia, por un instinto de señorío que siem-

pre la había dominado. Pero además gozaba de otra venganza más succulenta que todas estas la endiablada moza. ¿Y el Magistral? El Magistral la había querido engañar, la había hecho suya; ella se había entregado creyendo pasar en seguida á la plaza que más envidiaba en Vetusta, la de Teresina. Petra sabía lo bien que colocaba doña Paula á todas las que eran por algún tiempo doncellas en su casa. Teresina, á quien esperaba para muy pronto una colocación de *señorona* allá en cierta administración de bienes del amo, casada con un buen mozo, Teresina la había enterado de lo que ella no había podido observar y adivinar, le había abierto los ojos y llenado la boca de agua; Petra comprendía que la casa del Magistral era el camino más seguro para llegar á casarse y ser *señora* ó poco menos... La ocasión había llegado; después de la romería de San Pedro creía ella que todo era cuestión de semanas, de esperar una oportunidad; Teresina saldría pronto bien colocada y entraría ella en su puesto... Pero no fué así; el Magistral no volvió á solicitar á Petra; cuando tuvo que hablarla, no fué para asuntos que á ella directamente le importasen, fué... ¡qué vergüenza! para comprarla como espía. Cierto es que el Provisor le prometió para muy pronto la plaza de Teresina, con todas las ventajas que su amiga disfrutaba é iba á disfrutar; pero de todas suertes á ella se la había engañado; ó mejor, se había engañado ella; pero esto no quería reconocerlo la orgullosa rubia. Era el caso que, en su opinión, el Magistral era amante de doña Ana hacía mucho tiempo, y que la escena del bosque del Vivero la interpretó la vanidad de la criada como una victoria de su belleza que había hecho caer en pecado de inconstancia al canónigo. Creyó Petra que don Fermín la quería á ella ahora después de haber querido á su ama. Caprichos así había visto ella muchos. Cuando se convenció de que don Fermín, por

mucho que disimulase, estaba enamorado como un loco de la Regenta, furioso de celos, y de que no había sido su amante ni con cien leguas, y de que á ella, á Petra, sólo la había querido por instrumento, la ira, la envidia, la soberbia, la lujuria se sublevaron dentro de ella saltando como sierpes; pero las acalló por de pronto, disimuló, y por entonces sólo dió satisfacción á la avaricia. Aceptó las proposiciones del canónigo. Ella entraría en casa de don Fermín el día que fuese necesario salir del caserón de los Ozores, pero entre tanto prestaría allí sus servicios bien pagada, mejor pagada de lo que podía pensar. El canónigo sabría todo lo que pasaba; si doña Ana recibía visitas, quién entraba cuando no estaba don Víctor ó se quedaba después de salir el amo, etc., etc.

Petra prometió decir todo lo que hubiera. Fingió no recordar siquiera ciertas promesas de otro orden que á don Fermín se le habían escapado en el calor de la improvisación en aquella dichosa mañana del Vivero, de que estaba avergonzado. Cuando vió don Fermín á Petra tan propicia para servirle por dinero, sintió más y más haber comenzado por el camino absurdo, vergonzoso de una seducción... ridícula. Aquella aventura que le recordaba las de antaño, le sonrojaba ahora, porque contradecía en cierto modo aquel andamiaje de sofismas con que se explicaba su pasión por la Regenta. «El amor purísimo que yo tengo, todo lo disculpa». «¿Pero ese amor se aviene con aventuras como las del bosque? Claro que no,» le decía la conciencia. Por eso le repugnaba Petra ahora. Pero no había más remedio que valerse de ella.

Petra era feliz en aquella vida de intrigas complicadas de que ella sola tenía el cabo. Por ahora á quien servía con lealtad era á Mesía; éste pagaba en amor, aunque era algo remiso para el pago, y ella le ayudaba cuánto podía, porque ayudarle era satisfacer los

propios deseos: hundir al ama, tenerla en un puño, y burlarse sangrientamente del *idiota del amo* y del indino del canónigo. Para más adelante se reservaba la astuta moza el derecho de vender á don Alvaro y ayudar á su señor, al que pagaba, al que había de hacerla á ella señorona, á don Fermín. ¿Cuándo había de ser esto? Ello diría. Si don Alvaro no se portaba bien, podía ocurrir el caso, llegar la oportunidad; si ella se cansaba, ó si Teresina dejaba la plaza y por miedo de que otra la ocupase le convenía correr á ella, también podía convenir echarlo á rodar todo. Entre tanto don Fermín no sabía por Petra más que noticias vagas, suficientes para tenerle toda la vida sobre espinas, para hacerle vivir como un loco furioso que tenía además el tormento de disimular sus furores delante del mundo, y de doña Paula singularmente.

De modo que si don Alvaro podía decir con razón: ¡Pobre Ana, que no sabe nada de esto! también Petra podía exclamar: ¡Pobre don Alvaro, que no sabe ni la cuarta parte de lo que tanto le importa!

El presidente del casino de Vetusta no tuvo inconveniente en engañar á la Regenta. Era, según él, muy justo respetar los escrúpulos de aquella adúltera primeriza (otra frase grosera del seductor), que no podía avenirse á tomar por encubridora á Petra; pero también era equitativo que él, sin decirselo á doña Ana, fingiendo desconfiar también de la doncella, aprovechase los servicios de ésta, preciosos en tales circunstancias. La cuestión era entrar todas las noches en la habitación de la Regenta por el balcón. Esto se decía pronto, pero hacerlo ofrecía serias dificultades. ¿Á dónde daba el balcón del tocador? Al parque. ¿Cómo se podía entrar en el parque? Por la puerta. ¿Pero quién tenía la llave de la puerta? Una, Frigilis; con esta no había que contar; ¿y la otra? don Víctor. Esta podía substraérsele, pero Petra dijo que á tanto no se



comprometía, que aquello de andar llaves en el ajo era delicado y podía comprometerla. Lo mejor era que el señorito saltase por la pared. Justamente don Alvaro tenía las piernas muy largas. De esta manera la comedia se representaba mejor; segura doña Ana de que don Alvaro saltaba por el muro, no podía sospechar tan fácilmente que tenía cómplices dentro de casa. Después llegar bajo el balcón, trepar por la reja del piso bajo y encaramarse en la barandilla de hierro era cosa fácil para tan buen mozo.

Todo esto lo hacía don Alvaro sin la ayuda directa, inmediata de Petra, y doña Ana encontraba así muy verosímil todo lo que su amante decía de su industria para entrar en el cuarto de ella. Para lo que servía Petra era para vigilar, para evitar que don Alvaro pudiera ser sorprendido al entrar ó al salir, y para darse tales trazas que doña Ana creyese que ella, la doncella, no había estado durante toda la noche en circunstancias de poder notar la presencia del amante. Estaba además allí para dar el grito de alarma si llegaba el caso, y para combinar las horas. En el servicio de Petra había algo de la responsabilidad de un jefe de estación de ferro-carril. Don Alvaro sabía, porque don Víctor se lo había confesado, que el ex-regente y Frigilis, en cuanto llegaba el tiempo, salían de caza mucho más temprano de lo que Ana creía. Petra era la encargada de despertar el amo, porque Anselmo se dormía sin falta y no cumplía su cometido: Frigilis llegaba al parque á la hora convenida, ladraba... y bajaba don Víctor. Llegó á quejarse don Tomás de que sus ladridos no siempre despertaban al amo ni á la doncella, de que se le hacía esperar mucho tiempo, y para evitar reyertas y plantones se acordó que Crespo y Quintanar acudiesen al parque á la misma hora sin necesidad de ladrar nadie. Para mayor seguridad don Víctor compró un reloj despertador que sonaba como un

terremoto y con este aviso automático, como él decía, acudió en adelante á la hora señalada para la cita. Casi todas las mañanas Quintanar y Crespo llegaban al parque á la misma hora. El tren que los llevaba á las marismas y montes de Palomares, salía este año un poco más tarde y no necesitaban levantarse antes del ser de día.

Todo esto necesitó saber don Alvaro para no exponerse á un choque en la vía con Frigilis ó con el mismísimo don Víctor. Este mismo, sin saber lo que hacía, le enteró de sus horas de salida; y lo demás que necesitaba saber de los pormenores, se lo refirió Petra. Así pues, no había miedo. Lo de saltar la tapia ofreció algunas dificultades; pero una noche, por la parte de fuera, en la solitaria calleja de Traslacerca, el Tenorio preparó removiendo piedras y quitando cal, dos ó tres estribos muy disimulados en el muro, hacia la esquina; hizo también con disimulo fingidas grietas ó resquicios que le permitieron apoyarse y ayudar la ascensión, y quedó así vencido el principal obstáculo. Por la parte de dentro todo fué como coser y cantar. Un tonel viejo, arrimado al descuido á la pared, y los restos de una espaldera, fueron escalones suficientes, sin que nadie pudiese notarlo, para subir y bajar don Alvaro por la parte del parque con toda la prisa que pudieran aconsejar las circunstancias. Aquella escalera disimulada la comparaba don Alvaro con esas cajas de cerillas que ostentan la popular leyenda, ¿dónde está la pastora? ¿dónde estaba la escala? Después de verla una vez no se veía otra cosa; pero al que no se la mostraban no se le aparecía ella.

No faltaba más que lo peor, persuadir á la Regenta á que abriera el balcón. Como á ella no se le podía hablar de las garantías de seguridad que don Alvaro tenía dentro de casa, nada ó poco se podía oponer á sus argumentos relativos á las sospechas probables de